

SCHWARZENBERG (Federico Carlos)

El presente trabajo constituye uno de los capítulos del libro de José María Azcona «Fuentes históricas sobre Zumalacárregui y su tiempo» que edita el «Instituto de Estudios Políticos» y que muy en breve verá la luz. Como en todas las obras de Azcona, la erudición y la amenidad, el dato histórico y la anécdota se combinan en él de manera admirable.

De su estancia entre los carlistas nos ha dejado dos publicaciones, cuya lectura es por demás atrayente. El primero se titula:

Aus dem Wanderbuche eines verabschiedeten Lanzknechtes. (Viñeta.) *Als manuskript gedruckt. Wien, 1844-1848.* (Libro de las andanzas de un lasquenete licenciado); Cuatro tomos in 4, de (IV)-243, (IV)-226, (II)-210 y (II)-215 pp., con dibujos a plumilla finamente litografiados en el texto y en las cubiertas.

Después salió un quinto volumen: *Supplement zum Wanderbuche (Suplemento a las andanzas), en Viena, 1848,* que contiene, entre otros capítulos: *Rückblick auf Spanien. (Mirada retrospectiva hacia España).* En el tomo I, pp. 102 a 109, 115 y sigs.; en el II, pp. 171 a 179; y, sobre todo, en el IV, especialmente en el capítulo que lleva por epígrafe: *Fragmente aus dem Tagebuche eines Facciosos 1838 (Fragmento del diario de un faccioso),* pone en escena a Zumalacárregui. Entró en España el 13 de septiembre de 1838, y el 12 de noviembre escribe ya desde Bayona.

El príncipe Federico Carlos von Schwarzenberg pertenecía a una familia católica originaria de Franconia y arraigada en Austria, Bohemia, Estonia y Baviera. El Almanaque de Gotha (1836 y 1848) resume la brillantez de su estirpe, el lustre de sus entronques y la cuantía de sus rentas, que le permitían gastar al año de 200 a 600.000 florines en Viena, lugar de su residencia.

El príncipe Carlos Felipe (1771-1820), mariscal de Austria, mandó las tropas de su nación en Rusia durante la campaña de 1812, entró en París al frente de los aliados en 1814 y, cuando Napoleón volvió de la isla de Elba, dirigió los ejércitos aliados en el Alto Rin. En la *Historia Universal*, de Walter Goetz, edición *Espasa-Calpe*, puede verse un magnífico retrato del príncipe Carlos, obra de A. F. von Oelenhainz (t. VII, p. 233).

Hijo de Carlos fué nuestro príncipe Federico Carlos, nacido a una con el siglo XIX en aquella Viena del período del *Biedermeier*, que la hizo capital del mundo espiritual y del arte.

La Viena del Biedermeier le vió nacer y la Viena del Congreso, que reunió en sus palacios y en sus merenderos a la aristocracia y a la picaresca de Europa, abrió sus sentidos y despertó en su alma el ansia de honores y el afán de aventuras.



ALS MANUSKRIFT CEDRUCKT

Facsímil de la portada del primer libro de Schwarzenberg

El príncipe Federico Carlos heredó a su padre en 1820, pero abandonó sus estados para dedicarse a las armas y a las letras, que constituían el ideal de aquella juventud vienesa, ebria de gloria y de vino.

Llegó a teniente coronel en un regimiento de Húsares y alcanzó un puesto elevado en el escalafón de Minerva. Solía firmar sus escritos con el seudónimo de Lanzknetch (Lasquenete).

El ídolo de aquella juventud era el soldado, el músico y el poeta y, sobre todo, Goethe.

Schwarzenberg se dejó llevar por el ambiente y por su temperamento fogoso y sentimental.

Su romanticismo, algo morboso, denotaba el deseo de superarse, y refle-

jaba el espejismo delicioso de los salones, de los merenderos y de la holgura de la rancia nobleza, que veía desaparecer el fantasma revolucionario de Napoleón.

Pero los fantasmas se suceden y se reproducen, como los seres vivos, y sus gérmenes inquietan en todos los tiempos y en todas las latitudes. El Congreso de Viena, donde se salvaban los principios mientras perecía la moral, fué un medio de cultivo de aquellos gérmenes y, muerto el fantasma de Napoleón, apareció el de la revolución social, que todavía colea, como una hidra del bestiario.

Uniformes, damas descotadas, conciertos de Strauss y de Schubert, lecturas de Goethe y de Schiller agudizaron su inquietud y le llevaron a guerrear en Argel y en España, «país donde se reza y se asesina, donde los soldados manejan el incensario y los curas el fusil».

«Me gustaría visitar la tierra donde aún se sabe amar, odiar y crear. Allí donde se canta el *Stabat mater* a los acordes del órgano, entre nubes de incienso; allí donde, entre perfumes de azahar, se baila la jota y la cachucha, donde la morena *mañola* lleva la navaja en la liga, donde el capuchino se transforma de pronto en valiente guerrillero, sobre las ruinas de Zaragoza, con su trabuco o su escopeta; allí donde el majo se convierte en héroe de leyenda y hasta el tipo de malhechor se toma como modelo y atrae al público en los teatros provincianos. ¡Sí, allí he de ir! Allí quiero rezar, reñir, bailar, aspirar el perfume de los jazmines y de la pólvora, escuchar los acordes de la guitarra y del órgano y el estampido de los mosquetes, ver facciosos, *mañolas*, capuchinos y guerrilleros...».

Un buen día asistió el príncipe a la representación de *Los Puritanos* y salió del teatro tarareando el

Sona la trompa intrépida...

y decidido a venir a España. Hizo su equipaje y repitió el refrán alemán que dice: «Confía en Dios, combate con valor y adelante», que equivale al nuestro: «A Dios rogando y con el mazo dando».

El 7 de septiembre de 1838 llegó a Burdeos encaramado en la imperial de una diligencia, monstruo de cuatro ruedas denominado *Messageries Lafitte*, una especie de caballo de Troya con el vientre repleto de viajeros.

Llevaba un pasaporte extendido a nombre de S. P. Wolf, comerciante en vinos, de Presburgo (1).

La policía francesa andaba siguiendo la pista del príncipe Lichnowsky que, en uno de sus viajes por Francia, había tomado también el nombre de Wolf (lobo).

—Le voilà—exclamó el comisario al ver el pasaporte.

Deshecho el equivoco, pudo continuar su viaje hasta Bayona, donde entró el día 10, guiado por un contrabandista vasco llamado Juan. Venían con

(1) Familia judía que subsistía en Presburgo 1924.

él el conde de B. (Boos Waldeck) y el barón von S. Se presentaron al agente carlista M. de la Gr... (Lagrancière).

Bayona era un foco de contrabandistas y de logreros. Hasta los niños tenían la costumbre de esconder el pan debajo de la blusa. De allí se dirigió a España por Cambo y entró en Zugarramurdi el 13 de septiembre dispuesto a presenciar el espectáculo de la guerra y a tomar parte en él.

Venía tocado con la boina de barboquejo y vestía un uniforme de Caballería con pepinillos de cuero y una corbata de seda roja.

El contrabandista que le guió de Bayona había sido amigo de Mina y después confidente de Zumalacárregui. Era un vasco forzado, pequeño y honrado. En diversas ocasiones le habían entregado armas y grandes sumas de dinero. Schwarzenberg le confió sus pistolas y su espada que tenía grabada esta inscripción: *Vivat Maria Theresia*.

Al llegar a Zugarramurdi se pone en contacto con los soldados carlistas y todo va a medida de sus deseos.

Las ruinas cubiertas de hiedra, los jambajes y balaustradas medio derribadas, dan al paisaje un tono poético en aquel otoño crepuscular y le prestan mayor esplendor que el de los palacios de su tierra con sus ventanales encristalados. Estampa de ilustración romántica.

En aquel primer contacto con la realidad española ve muchos soldados que no llevan pantalones; pero todos tienen fusil y, bajo los andrajos de un carlista se oculta un corazón de caballero, mejor que si fuera vestido con ricos uniformes.

Durmió en Zugarramurdi en la habitación en que, unos días antes, los chapelgorris habían asesinado a tres carlistas. Le despertó el sonido de tambores y trompetas del quinto batallón navarro que hacía la instrucción en la plaza. Desde la cama podía ya oír las canciones vascas, el sonar de las campanas, el bisbiseo de los rezos y las imprecaciones de los soldados.

Es el día de la exaltación de la Cruz, 14 de septiembre. El príncipe vienes se halla sentado en el balcón de la casa parroquial, en espera de su equipaje. Recuerda el aforismo alemán «un Dios, una chaqueta y una novia, tres cosas agradables». Cuando se está descalzo y constipado, también es agradable un par de zapatos y un pañuelo.

Aquel balcón es un sitio excelente para presenciar el espectáculo de las tropas, que desfilan mejor que ningún soldado del mundo, a pesar de su aspecto desastrado, de su atuendo multicolor y disforme. Aquellos soldados son frugales, prudentes, ingeniosos, y estas cualidades compensan, con exceso, la falta de uniformes y de pertrechos.

«Van vestidos como los actores de *Fra Diávolo o de Rinaldo Rinaldini*, con trajes pintorescos. Es lástima que no los sepa describir. Acompasan su marcha con una música disonante de tambores y flautas que tocan aires vascos. Un desertor francés incorporado a las filas carlistas en calidad de músico mayor compuso una melodía guerrera; pero era tan mala que no sólo hacía huír a los enemigos sino también a los amigos. Los soldados volvieron a entonar los aires de su tierra.

El tercer batallón de Navarra, que se hizo famoso a las órdenes de Zumalacárregui, se denomina el *Requeté*. *Requeté* es el nombre de una mú-

sica de baile cuyas estrofas entona el batallón cuando se dirige al combate>.

Esta explicación del nombre del Requeté, sobre la cual insiste más adelante, coincide con la que dan otros cronistas de aquella guerra como Chaho, Henningsen, Tandé y Sabatier.

El quinto batallón desfila cantando otro aire con un retornado recalci-trante que prueba a traducir literalmente porque cree que en este aire y en estas estrofas se encierra el índice de esta guerra con su crueldad y su sed de venganza. Héla aquí:

Ven, oficial mío,
/viva el Rey!
siéntate a mi lado
y exclamemos juntos:
/viva el Rey!

En el honor de la pelea
/viva el Rey!
oigo gustoso tus mandatos,
te acompañaré hasta la muerte
/viva el Rey!

Si estoy desnudo y descalzo
/viva el Rey!
pronto encontraré ropa y caballo
en el bando de los cristinos
/viva el Rey!

No temo al cristino
/viva el Rey!
él rehuye ver mi cara,
el cobarde malhechor,
¡viva el Rey!

El no repara en medios
¡viva el Rey!
Mata a las mujeres
y devora el pan de sus huérfanos
/viva el Rey!

Asesinad al débil anciano
¡viva el Rey!
Otros laureles
nunca ha ganado con otras victorias
/viva el Rey!

Cobarde siervo de los cristinos
/viva el Rey!
ahora me convienes;
mis zapatos están destrozados
/viva el Rey.

*Ya muerto, tendido en tierra
 ¡viva el Rey!
 y tiñéndola con tu sangre
 no necesitas calzado ni pan
 ¡viva el Rey!*

*Por eso, no tengas cuidado,
 ¡viva el Rey!
 quítate la blusa y la camisa
 (despréndete también del dinero)
 ¡viva el Rey!*

*Pronto, con valiente empuje
 ¡viva el Rey!
 vengo la sangre de la madre
 con la del enemigo, con saña,
 ¡viva el Rey!*

*Toma el fusil de la pared,
 ¡viva el Rey!
 con la navaja en la mano
 vengamos el incendio de las iglesias
 ¡viva el Rey!*

*Si nos baña la sangre de los negros
 ¡viva el Rey!
 si nos tuesta el rescoldo de sus casas,
 eso nos conviene a los facciosos,
 ¡viva el Rey!*

He traducido del alemán esta canción que Schwarzenberg tradujo, a su vez del castellano. Sería curioso conocer el texto original y ver cómo ha quedado deformada en su viaje de ida y vuelta.

Por fin llegó su equipaje y el príncipe se dispuso a continuar su marcha.

Se trasladó a Tolosa por Santesteban. La travesía era peligrosa. En Santesteban había varios oficiales carlistas desmontados por falta de caballos. Uno de ellos, de grandes patillas, había sido oficial de Guías de Zumalacárregui.

Pasaron la noche en un molino solitario, cerca de Leiza, en compañía de un soldado cojo llamado Zoppo que no hacía más que contar proezas de Tío Tomás. Sus ojos fulguraban y resplandecía su rostro al pronunciar este nombre. Por todas partes vivía el recuerdo de Zumalacárregui.

El Zoppo, con una sola pierna, era más ágil que cualquier soldado alemán con las dos.

En Tolosa conoció al valiente coronel Sabatier, autor de *Tío Tomás*, que había sido herido siete veces y le presentó al general Moreno, que estaba en situación de disponible.

Sabatier tenía una magnífica estampa guerrera. Con su blanca zamarra

de ojaladura verde, sus calzones rojos y su boina blanca de borla negra, parecía un conquistador o un aventurero.

El escenario le encanta, los personajes le seducen. Las costumbres son patriarcales.



Grabado que ilustra el texto del primer libro

El hijo del ministro de la Guerra, marques de Valdespina, está jugando a pelota en Durango con los mozos del pueblo. Esta llaneza hace exclamar al príncipe.

— ¡y a plus de véritable égalité dans ce pays par les moeurs, qu'en Angleterre ou en France par les institutions

Aquel aristócrata no se desdenea en jugar con los aldeanos como se desdearnaría un burgués de Hamburgo o un patricio alemán.

El conde de B... (Boos Waldeck), compañero de viaje de Schwarzenberg, ha conocido a una sobrina de Zumalacárregui, sentada en un taburete, desgranando judías. En Francia o en Alemania, una señorita se hubiera turbado al verse sorprendida de esta guisa. En España nadie se desdora por practicar con sencillez estas costumbres patriarcales. También contó el conde que había presenciado un emplumamiento. Mina solía fusilar a las mujeres. Zumalacárregui se contentaba con emplumarlas.

Pero el príncipe quería luchar, temar parte en la función. Con este objeto se agregó al Estado Mayor de Maroto. El príncipe venía precedido de una gran reputación militar, su lealtad y su valor eran conocidos en todo Europa, y fué recibido con agrado.

Pinta a Maroto como un viejo militar ordenancista y cruel, curtido en las guerras de América, siempre con un palillo entre los dientes.

Visitó el colegio de Loyola, regido por el padre Gil, en el que los alumnos daban clase de canto, de baile y de esgrima. El padre Gil, jesuíta erudito, inteligente y tolerante, no se limitaba a enseñar a los chicos las conjugaciones griegas y latinas, sino que quería ponerlos en condiciones de desenvolverse en sociedad, cosa que no hacen los profesores alemanes.

Muñagorri anda por la frontera, pero no hace nada, como no sea justificar el dinero que recibe de los ingleses.

La banda de música del batallón carlista está formada por muchachos jóvenes, pues los de más edad todos han tomado el fusil. Como su repertorio no es muy abundante, tocan a veces la *Marsellesa* o la *Parisienne*. Menos mal que no hay quien las conozca, porque en vez de tocarlas las ejecutan. De todos modos, resulta curioso que los batallones carlistas desfilen al compás de la *Marsellesa*.

Los vascos, como los orientales, dan muestras de una dignidad y de una nobleza natural que está tan distante del orgullo y de la petulancia como del servilismo. Constituyen un pueblo magnífico, intelectualmente activo, prudente y osado al mismo tiempo, perseverante y ágil. Su raza y su ascendencia le han dotado de una constitución fuerte, ojos claros y vivos, miembros nervudos y esbeltos en los hombres y, en las mujeres, el pie pequeño y la mano delicada, aún en las clases humildes que no existen aquí, como en Alemania, ya que nadie hay, entre los vascos, que pueda considerarse como de inferior condición. Los vascos presumen de nobleza de sangre, de «aristocracie de race». Todos se tienen por más nobles que los grandes de España, sin mezcla de moro ni de judío (2).

«La verdadera nobleza —añade el príncipe— no se puede fabricar, ni es privativa de los individuos, sino de la raza».

(2) Es notable la fórmula que he visto en algunas ejecutorias navarras del siglo XVI, en las que, después de probar su abolengo y descendencia de un casa solar, añaden: «que no tienen sangre de moros ni judíos ni vienen de **Cortesés ni de Colones** sino de noble solar avarro». Se usaba, para evitar el nepotismo, en las informaciones de los que pretendían pasar a América.

Describe el Cuartel Real de Elorrio, a donde llegó el 30 de septiembre. Por allí andaba Arias Teijeiro, cargado de papelotes. Los lanceros del cura Merino parecían canarios, con sus guerreras amarillas y el cura con cara de momia y ojos fulgurantes, zamarra corta, sombrero encerado, con su trabuco terciado en la silla. Tristany, gordo y bondadoso, le parece un vendedor de cerveza.

El 1 de octubre fué presentado a don Carlos y a don Sebastián, de quienes obtuvo un nombramiento de Coronel y fué destinado al Cuartel General de Maroto, que se hallaba cerca de Valmaseda.

El día 4 conoció al Padre Cirilo y al Coronel Merry, de origen irlandés, nacionalizado en España.

Llegó a Estella el día 7, donde se presentó a Maroto, hombre de nariz de águila y ojos de tigre, que acarician y fulguran, des yeux de velours, y se mezcló con los oficiales de su Estado Mayor, conjunto multicolor de personas con uniformes diversos, ordenanzas, sacerdotes, guerrilleros y cabezillas, muchos de ellos con zamarra y todos con la boina de borla roja, blanca, de oro, de plata y negra.

Entre aquellos oficiales estaba el Coronel Reina, convaleciente de un balazo en el vientre, que ocupaba el cargo de secretario del Estado Mayor. Montado en su magnífico caballo andaluz, tenía la silueta de un guerrero moro de los que alanceaban toros en Andalucía y podía ponerse en parangón con el jefe cristino Diego de León. También estaba el General navarro Carmona y un viejo Teniente Coronel francés llamado Duffau.

En Oñate conoció a los dos Montenegro, uno de ellos jefe de la Artillería, que instaló las fundiciones de cañones y una taladradora admirables, dados los escasos medios con que contaba. Al principio tuvo que forjar los cañones, ya que no podía fundirlos, y pasó mucho tiempo antes de poder fabricar la metralla. En Cataluña se usaron algunas veces las granadas de cristal (3).

De Oñate se trasladó a Cegama, lugar donde había muerto Zumalacárregui, y se alojó en la casa de sus parientes, donde vió a un sargento y dos granaderos del tercer batallón de Navarra llamado el Requeté.

Este sargento y estos granaderos, en unión de otros voluntarios, se refugiaron en la torre de la iglesia de Cegama, atacada por los cristinos. Resistieron en ella todo el día. Los cristinos trataron de incendiar la iglesia y quemaron paja al pie de la torre con el fin de asfixiar a sus defensores, táctica muy en uso en aquella guerra.

Los carlistas siguieron disparando hasta que, medio ahogados por el humo y la sed, viendo guardada la puerta de la torre, se descolgaron por la cuerda de la campana hasta el cementerio, donde amordazaron y mataron al centinela cristino, que era un legionario inglés, y huyeron a campo traviesa famélicos, sedientos y medio socarrados.

En su huida toparon con media Compañía de los batallones de Lacy Evans. Los ingleses dormían al abrigo de unos tapiales. Les atacaron y mataron algunos de ellos; pero, respuestas los demás de la sorpresa, persi-

(3) De cristal y de porcelana.

guieron a los navarros. Sólo pudieron escacar el sargento y los dos voluntarios a quienes vió Schwarzenberg en Cegama. El sargento era pequeño, moreno, de aire decidido.

Relata como ejemplo este episodio, que refleja la guerra de partidas, de sorpresas y de combates aislados en tiempos de Zumalacárregui.

«Los españoles —añade— dan muestras de una obstinación admirable para la defensa de edificios. En campo abierto son menos tenaces, y pocas veces dan cuartel, como los turcos y los orientales.

Schwarzenberg fué invitado aquella noche a cenar con Maroto. Era la primera ocasión que tuvo de hablar con él en la intimidad y no puede negar que era un tipo militar muy interesante. Le entretuvo con narraciones de sus campañas en América, donde había combatido junto a Rodil, Espartero, Quiroga, Quesada y otros Generales conocidos por el sobrenombre de *Ayacuuchos*. Aquella guerra apasionada y sin cuartel fué la escuela de guerrear de estos Generales y aquellos modos los que pusieron en práctica en España. Por lo demás, Maroto se ha propuesto imitar a Zumalacárregui.

El General se acostó sobre una manta, poniendo al alcance de su mano las espuelas de oro y las pistolas. El príncipe se tumbó en el suelo, junto a la puerta.

Al día siguiente tomaron el camino de Estella, siguiendo los senderos de cabras de la sierra de Urbasa.

En Estella escribe desde el alojamiento del joven alemán coronel Strauss y se relaciona con otros oficiales extranjeros, como el teniente coronel Roth; von Swiedersky, de Baviera; el capitán Keltchs, y hace mención de los hermanos Servent, suizos, del teniente coronel Linde, alemán, y de los ilustres coroneles van Rahden y Barres du Molard, quienes, después de haber prestado servicios a la causa con la espada, los siguieron prestando con la pluma.

También conoció, durante su permanencia en España al piemontés Encisa y al coronel Sabatier, de quien he hablado antes. Muchos de los oficiales extranjeros habían dado su vida por la causa, como el bravo francés d'Auhry, cuya valentía le llevó hasta las filas enemigas y fué fusilado por Mina en Villarreal de Zumárraga.

«Siento no haber conocido --añade— al príncipe Lichnowsky, tan distinguido en las armas como en las letras».

El 18 de octubre escribe en Morentin. «He cabalgado junto a Maroto, siguiendo la marcha de los batallones carlistas, grandes andarines que vienen desde Durango sin descansar. Creo que los navarros, con sus alpargatas, han inventado la manera de andar. Después de haber hecho una jornada de ocho o diez leguas, se ponen a jugar a la pelota, para descansar.

«El General Maroto —insiste— es un personaje interesante, cuya mirada tiene un encanto particular, que atrae y lisonjea unas veces, y otras se ven en ella los fulgores de la voluptuosidad sangrienta del tigre. En su juventud ha debido de ser afortunado con las mujeres, y todavía le gustan.

«Si no se conoce la lengua de esta tierra, es preciso servirse de un intérprete, como si se estuviera en Estambul.

«Es difícil vencer la preocupación que existe contra los extranjeros a quienes miran con recelo. Y no solamente hay discrepancias entre los españoles y los extranjeros, sino también entre los castellanos y los vascos, los catalanes y los andaluces».

Schwarzenberg describe los batallones navarros, y especialmente el tercero, «este grupo de héroes llamado comúnmente el Requeté».

«Esta denominación no es otra cosa que el nombre de una danza vasca de pastores.

En tiempo de Zumalacárregui, para imitar a los cristinos que tenían sus bandas de música, atacaban al son de esta melodía ejecutada por la cornamusa y la pandereta, a falta de otros instrumentos. Poco tiempo después, aquella música pastoril y campesina se convirtió en terrible marcha guerrera que aterraba a los cristinos, pues un asalto iniciado al son del Requeté terminaba siempre con el aniquilamiento del enemigo, tanto más terrible cuanto que el tercer batallón navarro no daba ni recibía cuartel.

Al igual que la Carmañola y el *Ça ira*, la música pastoril del Requeté, que tantas veces había sonado para alegrar las fiestas y romerías, se oía ahora como acompañamiento de escenas cruentas y estertor de muerte. Solía formar este batallón a las órdenes directas de Zumalacárregui junto a dos Compañías de Guías, que decidieron las primeras victorias.

El batallón del fiequeié, después de una campaña de invierno, estaba destrozado de ropa, vestido de andrajos. Un día desfiló ante el Rey y éste demostró deseos de equiparlo decentemente. Pero los soldados gritaban, rechazando los uniformes:

—¡Más queremos cartuchos!

Zumalacárregui encontró el medio de uniformarlos. Les preguntó cuál era el uniforme que les gustaba más entre los que llevaban las tropas enemigas. Respondieron que el de la Guardia Walona.

—Bien —replicó Zumalacárregui—. Os pondré frente a los soldados de la Guardia y os permito que les quitéis las ropas.

Poco tiempo después la mayor parte del batallón vestía el uniforme de la Guardia, conservando la boina y la canana, más cómoda que la cartuchera Cristina (4). Los cristinos preferían huir a seguir suministrando el vestuario al tercer batallón. No era prudente enfrentarse con aquellos hombres que iban en mangas de camisa y que para vestirse tenían que matar al enemigo.

En general, los batallones vascongados habían adquirido gran destreza para desvalijar y desnudar a los muertos. El más hábil ayuda de cámara no les podría igualar. Después del combate hay que esperar un rato para dar tiempo a que los soldados se vayan vistiendo, antes de reunirse. A los ingleses les dejan los corbatines negros y los calcetines, prendas inútiles

(4) Fue la Guardia Real de Infantería, derrotada en A'sasua por Zumalacárregui. En los morriones llevaban las iniciales G. R. I. y este fue el origen de la ualabra Guiri.

para los carlistas, que no las usan. Es macabro el aspecto de los cadáveres desnudos, sin otra ropa que la corbata y los calcetines» (5).

El príncipe ha aprendido muchas cosas en esta guerra, pero hay otras cuya conocimiento le parece imposible, entre ellas, coser un botón, preparar unas sopas y herrar un caballo.

—¿De qué me sirve —exclama— saber la historia de los persas y de los medos, conocer la trayectoria de Saturno, si se me caen los pantalones, me muero de hambre y tengo que ir a pie porque mi caballo cojea?».

El 11 de octubre salió con Maroto en un reconocimiento hacia Lerín y tuvo que repasar el Arga, perseguido por una patrulla Cristina. Al volver a Estella se ve sorprendido por el griterío y el bullicio de las gentes, que están toreando un novillo por las calles.

Toma parte en otras escaramuzas durante los días sucesivos por tierras de Larraga, en compañía del cura Merino, y se admira de que, estando el enemigo tan próximo, todos duermen tranquilos, sin temor a una sorpresa. «Si tuviéramos delante a un Zumalacárregui, en vez de un Espartero, no podríamos descansar con la misma confianza».

A mediados de octubre tuvieron noticia de la llegada a Elizondo de la princesa de Beira. El 22 emprendió el viaje hacia Vizcaya por la sierra de Urbasa. Acedo, Maestu y Salinas de Guipúzcoa, y el 26 estaba ya en Durango y el 29 en Valmaseda, donde conoció al conde de Custine, que había guiado a la princesa de Beira en su viaje de Salzburgo a España.

En una de sus excursiones por Alava tuvo ocasión de desenvainar su María Theresia, sorprendido por el enemigo, y pudo regresar a Durango dando gracias a Dios por no haber caído en sus manos.

A principios de noviembre se instaló en Azcoitia, donde se hallaba la Corte, en el alojamiento del conde de Custine. Fué recibido por don Carlos y por la princesa de Beira, recién casados, que daban fiestas con corridas de toros, besamanos y bailes en la plaza. El infante don Sebastián no se expresa muy bien en francés. Le ha regalado a Custine un magnífico par de pistolas.

Tristany, vestido de militar, parece un canónigo, y vestido de canónigo, un corsario. Le preguntó Schwarzenberg a Tristany a quién odian más en Cataluña, a los franceses o a los ingleses.

«—Matarían a un francés por una onza —respondió Tristany—; pero renunciarían gustosos a la onza por matar un inglés».

También andaban por Azcoitia el cura de Dallo y el General Balmaseda, uno de los mejores tipos del ejército carlista. La marquesa de N. (¿Narros?) tiene unos ojos negros bellísimos, pero el corazón endurecido. La sonrisa con que oye la noticia de la muerte de Pardiñas el produce mal efecto a nuestro príncipe.

El día 5 de noviembre comienza el frío. La Corte se va a trasladar a Estella.

(5) También Chaho anotó esta circunstancia: «A esos herejes se les deja la corbata para reconocerlos mejor» (p. 84 de la edición Gárate y Henningsen, página 263, edic. de 1935).

Canzado de las marchas y contramarchas que no conducían a ninguna función guerrera, y sin haber logrado ver un triste naranjo ni una sola navaja en las ligas de las azcoitianas, el príncipe decidió volver a Francia para unirse a las tropas de Cataluña. Salió de Azcoitia en unión del conde de Custine, pasó por Andoain, donde le presentaron a una sobrina de Zumalacárregui, y se acercó a la frontera por Goizueta y Vera. Allí fué sorprendido por una patrulla de cristinos. Su caballo resbaló y cayó rodando por un talud de cien pasos hasta el fondo de un arroyo de corriente impetuosa. Se quedó agazapado hasta que oyó unas voces que hablaban vasco, se dió a conocer y fué llevado a Vera con un magullamiento en la rodilla. Pocos días después logró repasar la frontera por Zugarramurdi y Sara y volvió a entrar en Bayona con su boina blanca y su zamarra corta.

Aquí terminaron sus aventuras en España, pues, por lo visto, no le quedaron ganas de realizar sus planes de ir a Cataluña.

Las crónicas de Schwarzenberg están datadas en Zugarramurdi, Tolosa, Durango, Elcrrio, Estella, Aberin, Morentin, Salinas de Guipúzcoa, Valmaseda y Azcoitia. El 12 de noviembre escribe ya desde Bayona.

Respecto al país vasco afirma que «la decisión con que los vascos saben defender su individualidad contra la manía de la nivelación y de la after-civilización, que lo anega todo en un mar de vulgaridad y de trivialidad, les asegura un puesto de honor para siempre y nadie podrá borrar el recuerdo de Navarra, Vizcaya, Alava y Guipúzcoa».

También nos revela que en todo el país alienta la memoria de Zumalacárregui; su imagen se pone como modelo entre las tropas y es el espejo en que se miran los que anhelan la victoria.

El conde de Custine, que hizo con Schwarzenberg aquel viaje de vuelta, dice que, al pasar junto a las líneas Cristinas, le decía:

—Si son educados, al menos nos harán algún disparo para que yo pueda decir en Francia que he oído silbar las balas enemigas.

También Francisco de Thurm, cuya publicación veremos más adelante, se encontró con el príncipe cerca de Tolosa, cuando se disponía a abandonar España desengañado.

Su segundo libro se titula:

Antediluvianische Fidibus-Schnitzel von 1842 bis 1847. Als Manuscript für Freunde, 1850. (Narraciones antediluvianas de sobremesa.) Cuatro fascículos in 8, **VIII-(D)-10** a 176, 211 pp.

Traduzco la palabra *Fidibus-Schnitzel* por sobremesa, dándole un sentido análogo en cuanto a la idea. *Fidibus-Schnitzel* equivale a las pajuelas, alegradores o rollitos de papel con que se encendían los cigarros antes de haberse inventado las cerillas. Estas pajuelas o rollitos se ponían, en los cafés o merenderos vieneses, sobre una mesa, a los postres de las comidas.

Su estilo es elegante. Sus descripciones, sobrias y precisas, se interrumpen frecuentemente con una observación o un comentario en el que asoma, su alma y se trasluce su pensamiento.

Ante-diluvianische
FIDIBUS-SCHNITZEL
VON
1842 BIS 1847
1^{TES} FASCIKEL.



**Als Manuskript für Freunde
1850**

Facsimil de la portada del segundo libro

En la portada de cada uno de los tomos, debajo del título, se ve una viñeta que representa a dos fumadores, uno de uniforme, algo arcaico, y el otro de paisano, sentados junto a una mesa, sobre la cual entre jarros de bebidas, hay una vasija llena de estos *Fidibus-Schnitzel*.

La frase *Als manuscript für Freunde* puede traducirse por edición privada.

Tanto ésta como la anterior publicación son muy raras en el comercio de libros. Yo perdí en Madrid, durante la guerra, los tomos III y IV, que no he podido ver en ninguna biblioteca pública ni privada. Recuerdo, sin embargo, que, principalmente en el tomo III, el príncipe rememoraba sus impresiones del viaje a España. También en los dos primeros, que conservo, hay memorias de la guerra carlista, de los contrabandistas vascos, de la muerte de don Diego de León y de otros asuntos que nos atañen, con apreciaciones subjetivas del mayor interés. En el volumen primero viene la dedicatoria al doctor Gustav Kuhne firmada por el Capitán Wolf, seudónimo de Schwarzenberg.

Puede considerarse como la obra de un ensayista que emite sus opiniones con una gran libertad de criterio, propia del romanticismo.

Nunca he podido yo soportar la objetividad en las relaciones históricas. Para que encierren algún interés, es preciso que aparezca el historiador y dé su opinión, y que el filósofo desarrolle una pequeña exégesis o intercale un pequeño comentario. Esto es lo que hace Schwarzenberg y esto es lo que da interés a su relato. Unas veces exclama:

«¡Oh España! Los profesores alemanes pretenden conocerte, los burgueses pedantes no saben cómo corre la sangre por tus venas, no conocen al alcance de tu amor y de tu venganza. Un héroe de la escuela, sentado tranquilamente en su cátedra, tiene la pretensión de que Cabrera y Palillos, cuyas madres, hijos y parientes han sido asesinados por el plomo de los cristinos, sean dulces, amables y corteses. Napoleón creía, como cosa natural, que era posible oprimir a los españoles sin que brotase la chispa que ardió en los Pirineos y que nos hizo despertar.

«¡No llaméis brigantes a aquellos soldados hambrientos y andrajosos, ni cabecillas a Cabrera y Zumalacárregui, a Palillos y Villarreal! ¡Así se mantiene y se defiende a la patria cuando se tiene la suerte de tenerla! ¡Perdonad a Braunschweig, a Schill (6) y a Hofer, porque tienen sangre de filisteos en las venas!».

Otras veces, como buen militar, declara su repugnancia por los curiales y leguleyos que clavan sus uñas en las carnes del contribuyente y exclama: «Los saqueos de las Cancillerías son más devastadores que los de las tropas».

Schwarzenberg, como muchos escritores de su tiempo, se muestra tradicionalista en política y romántico en literatura, que es como decir liberal. Por eso le seduce el tipo del guerrillero y hasta el del contrabandista. «Las

(6) Creador de los húsares de la muerte que llevaban una calavera en el morrión.

muchachas del país vasco —escribe— se sienten orgullosas de que su galán sea un contrabandista, cuando no un guerrillero faccioso. Es preciso haber oído cantar la canción del contrabandista a la divina Malibrán, a la encantadora Montenegro o a la artista García Viardot».

Vemos que, como literato, se deja llevar por la corriente de la moda y es escéptico o, cuando menos, deleitante y romántico sin freno. Los placeres del vino y del amor despiertan su inspiración y hacen tañer su lira:

Vinum laetificat cor hominis.

*Si vis cantare
disce potare
omni pro tono
sumite bono
contra angores
morbos, dolores
est medicina
proles divina!
In vino ventas
atque sinceritas.*

*Je me souhahe dans ma vie
un bon cheval, une belle amie
cent ducats quand je voudrai
et le paradis quand je mourrai.*

*Vivat amicitia
quae amat in praesentia,
defendit in absentia,
succurrit in egentia,
manet in constantia
in saeculorum saecula.*

Este romanticismo que salva o rehuye la tesis y le permite transgredir ciertas normas de la continencia o la modestia es consecuencia de la moda literaria. La moda en el vestir y en el escribir tiene una fuerza arrolladora. Un modisto de París tiene más éxito que el Papa; y los cardenales del renacimiento leían con más gusto a Cicerón que a Pedro el Venerable.

Pero, en cuanto al dogma, es inexorable. Aquí no caben transgresiones ni se puede rehuir la tesis que es bien definida: «Dios, Patria, Rey, Moriamur pro rege nostro».

Schwarzenberg es uno de los primeros escritores que se pusieron en guardia contra el peligro comunista, más o menos atemperado por Fourier con sus jerarquías, sus falansterios y sus sustitutivos.

En Francia y Alemania, países de pensadores, que suelen pecar de soberbia, se comenzaron a idear los sustitutivos de las virtudes y de los principios tradicionales. La caridad iba a ser sustituida por su hermano el comunismo y por su coima la filantropía.

Los ricos, los sabios, los banqueros y los fariseos que habían renegado del bautismo, roto el crucifijo y expulsado a la caridad, oían con espanto los aullidos del bastardo. El bastardo aúlla más cuando está más harto.

¿Cómo luchar y cómo defenderse?

Schwarzenberg da la voz de alerta y no halla más que un camino: llamar de nuevo a la caridad, abrazarse al crucifijo, seguir el Evangelio, (II, 32.)

«¡Oh civilización! Los ridículos diplomáticos enfundados en medias de seda corren, acariciando sus gordas barrigas, cantando el himno de la paz eterna, mientras cuatro pueblos llamados cristianos están en guerra feroz contra cuatro pueblos paganos: Inglaterra contra China, Francia contra Argelia, Rusia contra los turcos y Estados Unidos contra los indios. ¿En qué lado está el derecho? ¿Qué partido puede ser cantado por los poetas? ¿Cuál puede ceñirse la corona de laurel o la del martirio?».

De esta manera juega un poco con las ideas y con los principios, a la manera de los deleitantes, sin caer en el pesimismo de los escépticos. A veces se olvida de la Santa Alianza, del Congreso de Viena, del pacto de familia y de su condición personal para cantar las excelencias de los principios democráticos contenidos en la legislación navarra, «más libre que la de Inglaterra».

Reingresó en el ejército. Durante la revolución del 48 intervino directamente en la política de su país y luchó decididamente en pro del partido católico, junto al gran periodista Brunner, de cuyas campañas y de la intervención del príncipe nos ha dejado abundantes noticias Kannengieser en su libro *Judíos y Católicos*, pp. 59 a 62.

Terminó sus días el 6 de marzo de 1870.

Pueden consultarse las obras siguientes:

Friedrich Fürst von Schwarzenberg. Aus dem Wanderbuche eines verabschiedeten Lanzknechtes. Mit fünfzehn abbildungen und einer Biographie von Eduard Castle, 1828. Hans Grafk Verlag, Berlín-Leipzig. (*El príncipe Federico de Schwarzenberg. De las aventuras de un lasquetete retirado. Con quince láminas y una biografía, por Eduardo Castle.*)

Haim (Joann Heinrich). Schwarzenberg gloriosa, sive de ortu et gestis Schwarzenbergicae. ratisbona, 1708. (*Las glorias de Schwarzenberg, su origen y sus gestas.*)

Prokesch y Osten (Anton). Denkwürdigkeiten aus dem Leben des Feldmarschalls Fürsten c. zu Schwarzenberg. Wien, 1822. (*Vida y hechos memorables del mariscal príncipe de Schwarzenberg.*) Hay una traducción al holandés de Amstendan, 1825. Se refiere al príncipe Carlos Felipe.

Berger (Adolph Franz F.). Fürst zu Schwarzenberg K. K. Minister-Präsident. Ein biographisches Denkmal. Leipzig, 1832.

Para terminar esta noticia acerca del príncipe Federico Carlos voy a anotar una coincidencia extraña que revela cómo se anudan los sucesos a través del tiempo y cómo se perpetúan los recuerdos y se enlazan y se heredan los afectos a una con los blasones.

El último representante de la dinastía de don Carlos, don Alfonso Carlos de Borbón y de Este vivía modestamente en Viena, Therosianum Gasse, 9, con su egregia esposa doña María de las Nieves. En 1918, el gobierno socialista de Austria requisó las habitaciones de don Alfonso Carlos y en su propia casa puso una especie de orfeón de pioneros que molestaban a los ancianos con sus canciones groseras. Aquella casa estaba situada frente al parque de Schwarzenberg.

Don Alfonso XIII acudió en auxilio de sus ilustres parientes e hizo que la Embajada de España alquilase las fincas para no privar a los ancianos de las exiguas rentas que percibían y librarles de las molestias de aquellos angelitos filarmónicos. Como las buenas obras hay que publicarlas, lo hago con gusto.

Don Alfonso Carlos escribía al marqués de Besolla en septiembre de 1920: «El buen don Alfonso tiene muy buen corazón y nos considera como miembros de su familia. Sin su apoyo no sé qué nos habría pasado».

En 1931 continuaban aún las persecuciones y estuvieron a punto de ser asesinados

El 29 de septiembre de 1936 murió don Alfonso Carlos atropellado por un automóvil junto a su casa, precisamente en el parque de Schwarzenberg (7).

(7) Una comisión de carlistas españoles acudió a los funerales y trajo noticias y detalles de su muerte. Estas noticias se imprimieron en un libro pintoresco y no muy discreto titulado *Boinas rojas en Austria, Reportaje sentimental. Impresiones de un viaje a Viena con motivo de la muerte de don Alfonso Carlos*. Burgos, Aldecoa, 1936. Las he visto confirmadas en una carta de doña María de las Nieves al mismo marqués de Besolla, que dice así:

«Viena. 20 de noviembre de 1936.—Muy querido Elio: Con toda mi alma agradezco tu buenísima carta fecha X (no encuentro por el momento la fecha). Puedes figurarte lo desconsolada que estoy, aunque me conformo con la voluntad del Señor. Siempre creí que moriríamos juntos mi Alfonso y yo y, como sabes, mandábamos decir una misa a diario para obtenerla y con ella contábamos. Por supuesto, sé que todo lo dispuesto, aunque nos arrancara el corazón del cuerpo, va dictado por la mano de Quien nos ama como nadie nos puede amar. Creo que ya sabes, querido Elio, cómo todo lo terrible aconteció porque quizás ignores uno u otro detalle.

Salimos de casa nuestra para dar un paseo e íbamos a cruzar una carretera (medio calle medio carretera), apenas dados unos cuantos pasos me gritó Alfonso:

— ¡Corre, que viene un auto!

No me atreví de continuar y me paré; luego seguí a andar; llegada al otro lado no vi a Alfonso, pero creí había entrado en el parque de Schwarzenberg, que toca allí a la carretera... Lo que vi fué un gran auto o camión militar rodeado de gente con cara asustada. Pensé: probablemente hay alguien debajo, por ver yo cómo miraban al auto. Jamás, sin embargo, habría sospechado que fuera Alfonso. Los unos gritaban: «¡Levantad el camión!», y los otros: «¡Hacedlo retroceder!» De repente me vino ¡a horrorosa idea: «¿Si fuese Alfonso?» Luego vi: le vi una pierna tirarla a fuerza, y entonces pensé: «Veré el pantalón». Y ¡qué espanto! Era él. No sé cómo no caí muerta. Uno de los hombres que estaba allí ayudando a sacarlo de debajo del auto contó después a alguien de casa que le dijo Alfonso (en un principio): «Creo que no me pasó nada de muy grave», y quiso ir a casa. Se quería poner de pie, pero vió que no le sería posible, pues las piernas se le doblaban. Entonces los hombres allí reunidos le tomaron en brazos y lo llevaron a nuestra casa, que está

Los recordatorios que se hicieron para conmemorar el fallecimiento llevan un Cristo dibujado por una monja de un convento de Benedictinas de Estyria, en cuyo convento se rezaba todos los días por el triunfo de las armas nacionales de España, por orden de la abadesa, que era una princesa de Schwarzenberg.

cerquísima de aquel sitio. Las primeras palabras que dijo cuando llegó allí fueron a ver si dieron propina a los hombres que le llevaron, y después, una o dos veces, si la propina era suficiente. Al sentarse en casa tuvo dolores, y dijo: «Me duele, pero es natural, porque las ruedas del auto me pasaron por encima de las dos piernas». Mandamos inmediatamente por un médico, que vino en el acto. Ordenó éste que hiciese venir un cirujano, el que llegó muy pronto también; constató una rotura en un hueso del muslo y dijo debíamos llevarle a una clínica. Pero él protestó enérgicamente (tenía horror a todo lo que parecía un hospital); pero luego se conformó. Sin embargo, no se realizó la ida a la clínica, porque se durmió. Aún sentado en la antecámara esperando que le colocaran una cama en un cuarto del piso llano, porque el médico dijo no era bueno le subieran al piso en donde están nuestras habitaciones, siendo fácil que tuviese una conmoción cerebral, aunque no parecía la tuviese, y sería malo subirle la escalera. Una vez me dijo que todo le dolía; le pregunté si también la parte de detrás; pero contestó que no, que eran las piernas que le hacían sufrir. Una vez colocado en la cama, ya no se quejó de dolores y casi luego volvió a dormir. (El choque del auto fué poco más o menos a las tres o tres y media). El médico constató, como yo, que el corazón andaba a la perfección y así el pulso; así continuó durante mucho tiempo; pero el dormir tan constante le pareció mala señal, a pesar de ser de lo más sosegado y como de una persona en buena salud. Así pasaron horas. Se veía que no tenía ningún dolor. Pasadas ya las primeras horas (las del todo primeras) de la noche noté un pequeño cambio en el pulso (tenía yo siempre su mano en la mía), y así también en el corazón, así lo sé sintió también el médico, que no se apartaba del cuarto, y la enfermera. El médico le dió una inyección y yo mandé por el cura, que vino y le dió la Santa Unción y dijo las oraciones de los agonizantes, aunque no estaba aún en la agonía. No fué rápida tampoco la respiración; se habría dicho una persona en condiciones normales, a no ser aquel sueño del que no despertaba y no era efecto de ninguna inyección. Así pasaron otras horas y luego corazón y pulso andando más despacio, y así llegó el fin dulcemente, sin estertor, no tampoco se le puso oprimida la respiración y todo fué suave y dulce, y salió el alma del cuerpo sin la menor sacudida, recogida por Jesús como viene un cariñoso padre a buscar al hijo querido. Era la una menos diez minutos de la noche del día de San Miguel (el 29 de septiembre), que habrá escoltado a aquel que siempre fué un fiel y celoso súbdito de Cristo Rey. Muerte más pacífica no se puede soñar, ni siquiera el menor suspiro cuando el momento supremo como un suspira más fuerte: pero la muerte de Alfonso fué como una continuación del sueño. El único síntoma de que su alma había marchado era que el corazón se paró, que ya no se sentía el pulso: tampoco se hizo el menor movimiento en la cara al momento de expirar; ni el menor músculo o algo de la piel se movió. Tuve yo un gran consuelo de que pudo llegar a tiempo la gran Diputación de nuestros queridos Requetés para llevar a mi Alfonso a la sepultura. El, que tanto amaba a nuestros Requetés. tan ufano siempre cuando hablaba de ellos, y que decía no había otros en el mundo que les valiesen. Más de una vez te agradezco, querido Elío, por tu conmovedora carta: ya sabes cuánto te quería Alfonso y también te quiero yo. Tantísimas memorias a tus sobrinos los marqueses de la Real Defensa y mil y mil gracias por su buenísimo pésame. ¡Cuántas gracias te debemos!, que fuiste siempre como un hermano para nosotros. Quedo de todo corazón, muy querido Elío. tu afectísima.

María de las Nieves de Braganza de Borbón».

He aquí lo que escribe doña María de las Nieves al mismo marqués de Bessolla en carta fechada en Viena el 11 de diciembre de 1936:

«Muy querido Elio: (8) ...no te envié aún ninguna estampa recordatoria de mi Alfonso porque no están hechas; pronto se acabarán. Quería que fuesen muy bonitas. Como imagen se pone Cristo Rey, luego el retrato de Alfonso con unas palabras que recuerdan al difunto. La imagen, es decir, el modelo de lo que representa Cristo Rey, lo hizo una monja Benedictina (de la misma Orden que las de Solesmes, donde hay tres hijas de mi hermana María Antonia de Parma; sólo que mis sobrinas están en Francia y las otras en Estyria, Austria). La monja que lo pintó lo hizo con el mayor entusiasmo... Todas las monjas de dicha Abadía ruegan con el mayor fervor para España; a su cabeza la simpatiquísima Abadesa, una princesa de Schwarzenberg que conocimos y tratamos cuando era chica...».

También el Arzobispo de Salzburgo y de Tirol, Monseñor Weis, compuso una oración que rezaban, después de la misa, todos los sacerdotes de Austria para para impetrar del cielo el triunfo de nuestras armas.

Como se ve, el nombre de Schwarzenberg aparece en el cortejo fúnebre de los Borbones de Salzburgo, rindiendo los últimos honores al representante de aquella rama proscripta y el mismo nombre aparece también interviniendo en nuestras luchas de 1838 y de 1936.

Schwarzenberg, lasquene carlista en 1838, y Salzburgo, residencia de los Borbones cien años después, son dos eslabones de esta cadena de la tradición.

Me he desviado un poco de la bibliografía por tomar la vereda de la crónica, como quien se aparta del camino para volver a él después de haber contemplado, en las cercanías, un paisaje sentimental.

Abrigo la esperanza de que mis lectores no tomarán a mal este pequeño rodeo que, en definitiva, conduce al misino fin, que es el conocimiento de la Historia.

(8) El Marqués de Bessolla se llamaba Elio Elío. Doña María de las Nieves le trataba familiarmente por su nombre propio (Nota de la revista).